



No estamos solos¹

A 100 años de la construcción del Palacio Pedro Torres

“Los fantasmas existen. Es todo lo que sé.
Se desvanecen junto con el pasado,
como la niebla en plena luz del día.
A su paso dejan enseñanzas simbólicas.
Certezas simbólicas...”
(Guillermo del Toro, México)

Para la humanidad ha sido un enigma saber qué existe más allá o posterior a la muerte del cuerpo. No sabemos y, sin embargo, la tradición oral nos provee de imaginarios sobre una vida en una dimensión no material que en algunas ocasiones nos alivia en nuestra ilusión de eternidad o bien nos atemoriza por lo desconocido. Golpes, voces, pasos, oscuridad y almas errantes pueblan los relatos desde diversos rincones de nuestro territorio, pero también hacen parte de las historias que se comparten en lugares que han cobijado tantas vidas.

Uno de esos lugares es la maravillosa Casa que hoy llamamos el Edificio Central del Liceo. Su construcción se remonta a los años ´20 del siglo pasado a cargo del arquitecto Josué Smith Solar y por encargo del empresario Pedro Torres Ibieta, oriundo de Valparaíso. Este 2024 la Casona cumple 100 años de vida y hemos querido celebrar ese paso de un siglo con la recopilación de su patrimonio cultural en torno a las historias sobre otros seres y vidas que parecen habitar este espacio en una dimensión supra terrenal.

Todos los relatos que se presentan en este texto han sido elaborados a partir del relato oral de distintas personas trabajadoras del Liceo y corresponden a sus experiencias a lo largo de sus años de residencia laboral en esta antigua Casa. Los relatos se han recopilado uno a uno y han pasado por una escritura en primera persona que permite cercanía y no tiene como finalidad causar miedo o terror, sino recordar el patrimonio simbólico e inmaterial que surge de los espacios concretos, especialmente aquellos que han sido habitados por tantas personas durante cien años y que guardan historias, emociones y energías.

El objetivo central es compartir o socializar la memoria en torno a la Casona Torres en sus experiencias “para normales” desde la percepción de personas trabajadoras del Liceo.

Les invitamos a leer y compartir sus impresiones y tal vez surjan otras historias que nos hablen de este espacio.

¹ Marcia Ravelo Medina, profesora de Filosofía Liceo Experimental Manuel de Salas. Creación de relatos a partir de la recopilación oral de historias de distintas personas trabajadoras del Liceo con motivo de los 100 años de la Casona Torres, otoño 2024.



Todo por un poco de orden

Seguramente eran alrededor de las cuatro de la tarde de la primera semana de enero. Profesores y profesoras ya se encontraban de vacaciones, también algunos funcionarios y el cuerpo directivo que usaba el primer piso había concluido su jornada diaria. Yo estaba feliz de la llegada del descanso estival y con esa promesa de relajo me aboqué a ordenar carpetas y archivadores para en marzo iniciar todas las tareas con la mayor organización posible en mi rol de asesora jurídica del liceo.

Como la Casona estaba vacía puse un poco de música para animar ese último suspiro laborioso. Afanada en el orden y tarareando alguna canción sentí un ruido y pensé que alguna persona aún trabajaba en el primer piso. Bajé el volumen, escuché quieta y atenta: el ruido se detuvo, relajada volví a la música y al orden, pero también volvió el ruido; esta vez silenció la música y salí a mirar apenas asomando mi cabeza por el pasillo.

Entonces vi la puerta batiente abrir y cerrarse rítmicamente. Era una fuerza invisible que agitaba las hojas de la puerta con energía. Ante ese espectáculo sentí pánico y salí corriendo hacia la portería del liceo. Transmití mi percepción a uno de los porteros, éste me acompañó al lugar, pero todo estaba en silencio y quietud. Le rogué que no me dejara sola y entré a mi oficina. Nuevamente el movimiento de la puerta volvió. Ambos observamos estupefactos. Agarré como pude mis cosas, cerré la ventana aterrorizada, puse llave a la oficina con el portero como edecán y partí de vacaciones expulsada por un temor que hasta ese día solo era parte de las historias que contaban de la Casona.

Fantasmal caricia

En esos años trabajaba como portero y estaba de turno en la noche. Entré a la casona a hacer un recorrido para verificar que las luces estuvieran apagadas y todo en orden. Como siempre, ingresé por el pasillo que da hacia la dirección y justo después de atravesar la mampara batiente que conecta con el acceso a la Dirección sentí sobre mi rostro la caricia suave de una mano delgada de mujer. Había oído que personas sentían o habían visto algunas presencias en la casona Pedro Torres y entonces supuse que esta experiencia era parte de esos relatos. Me lo tomé con naturalidad y seguí el recorrido por la escalera al segundo piso.

Ayuda

Recuerdo a una profesora reemplazante de Castellano quien empezó a sentir el llanto de una mujer cada vez que subía por la escalera angosta hacia el segundo piso. Ella nos señalaba el lugar exacto desde donde surgía aquel lamento y no podía creer que nadie más lo escuchara en circunstancias que para ella era evidente; tal era su convencimiento que solicitó a la Directora de ese entonces que se sacara parte de la madera del muro para investigar más a fondo. Varios hicimos el ejercicio de poner la oreja en el punto ése, pero nada oíamos. Un día la acompañé a



la oficina de la Dirección para que viera directamente qué había al otro lado de esa pared, y sólo constató que en una vitrina empotrada se lucían copas ganadas por estudiantes del Liceo en diversos torneos deportivos. Era tanta su impresión, que un día se quedó largo rato parada en ese espacio que la perturbaba y empezó a llorar desconsoladamente: sentía el dolor de esa voz femenina que sufría sin que nadie pudiera ayudarla.

El susto de un incrédulo

El terremoto de febrero del año 2010 dejó inhabilitadas varias dependencias de la Casona Pedro Torres. Oficinas administrativas y de asignaturas se trasladaron a otras dependencias durante al menos tres años. El Palacio, como también era conocido, quedó abandonado y varios de sus viejos muros de adobe volvieron a ser la tierra original con la que habían sido construidos. Por esos años yo estaba a cargo de la oficina de Comunicaciones, la única unidad que pudo funcionar en el Palacio mientras duraba el proceso de reconstrucción y restauración.

Una tarde calurosa llegó mi amigo y profesor de teatro Jaime Guzmán para conversar y aprovechar de fumar a escondidas refugiado en nuestra añosa amistad. Como era habitual se ubicó bajo el dintel de la puerta, prendió un cigarrillo y empezamos la charla. De pronto, Jaime que humeaba en la puerta dio un salto hacia adentro. Estaba muy agitado y le pregunté qué le pasaba, algo tembloroso me dijo: “acabo de ver salir de la oficina de UTP a un hombre tan alto como yo, de la mano con un cabro chico. Se metieron a la oficina de la Juanita”. Me paré rápidamente del sillín, miré por el pasillo mientras le explicaba que eso era imposible, pues solo nosotros estábamos en ese lugar. Jaime era un ateo sin remedio; no creía en nada que no fuera la materia, como el principio y el final de todo. Por ello y, al verlo tan sorprendido o asustado, lo insté para que juntos verificáramos su percepción. Tal como podía predecirse, no había ni el más mínimo rastro de otras personas en la Casona. Recorrimos el primer y segundo piso y no logramos tener ninguna evidencia que respaldara lo que él había visto. Luego de ello, nos fuimos por un café y ese susto fue por días nuestro tema y hasta ahora otro lazo que trasciende esta tierra.

Oficina ocupada

Mientras fui Director del Liceo solía trabajar hasta tarde en la Casona, específicamente en mi oficina. La tranquilidad vespertina me permitía abordar asuntos que el bullicio diurno interrumpía sin consideración alguna. Una noche de primavera, en medio de la lectura y firma de diversos documentos percibí que se abría la mampara que conecta con la pequeña cocina contigua a la oficina de Dirección, levanté la cabeza pensando en que alguien asomaría a mi vista, sin embargo, lo único que sentí nítidamente fueron unos pasos acompasados que se aproximaban hacia la puerta de vidrio semiabierta que conduce al patio de los naranjos. De hecho, esperé atento que los pasos, lentos y suaves, terminaran con la apertura total de la puerta. No fue así, los pasos se detuvieron y la puerta se mantuvo tal cual. No he podido olvidar hasta ahora aquellos pasos parsimoniosos que se percibían acercándose a la puerta entreabierta. Minutos más tarde,



guardé mis cosas, cerré aquella puerta y me fui pensando que Florencia Barrios necesitaba la oficina.

Yo me quedo hasta tarde

En general soy bastante escéptico respecto de relatos o situaciones que parecieran responder a un orden no racional o empírico. Sin embargo, hay un par de episodios en mi experiencia como residente de la casona Pedro Torres respecto de los cuales no encuentro una explicación lógica o medianamente sensata. Uno de ellos se dio en el contexto de la reunión de asignatura de castellano, hacia fines de los años '80. Una profesora relativamente nueva de la asignatura nos comentó en reunión que el día anterior se había quedado hasta tarde, bien entrada casi la noche, revisando algunas pruebas y registrando notas en el libro de clases. Era fin de semestre y esas labores siempre tomaban más tiempo de nuestra jornada habitual. Por ello en un principio su relato nos pareció una de las anécdotas típicas del fin de semestre hasta que nos mencionó un hecho que nos dejó boquiabiertos: mientras ella corregía concentradamente distinguió en las afueras, en la terraza, a un señor mayor iluminado por las luces proyectadas de la oficina. Pensó que se trataba de algún apoderado perdido y salió para ofrecerle orientación, pero no encontró a nadie allí, ni alrededor. Aunque ese hecho le pareció extraño, nos dijo que retomó sus labores para regresar a su casa con la tarea cumplida. Sorprendidos de que a esas horas llegara alguna persona al Liceo le preguntamos cómo era el señor que había visto. Nos retrató a un hombre de unos 70 años, de pelo cano, de estatura mediana, de cuerpo grueso, de tez rosada, vistiendo un traje café. Describía exactamente a nuestro ex colega Fernando Vergara, quien solía permanecer hasta tarde en el liceo entre sus materiales, leyendo, revisando guías y pruebas, planificando. Nuestra colega nos dijo entonces: “¡seguro, los vino a ver!” Pero en ese momento ella fue ella quien quedó boquiabierta cuando le dijimos: “Fernando murió hace cuatro años”.

Encuentro matutino

Suelo llegar temprano a la Casona. A menudo enciendo las luces del primer piso al cruzar el pasillo que dirige al Hall de Dirección. Hace más de diez años, una mañana de invierno antes de las 7:30 hice mi ingreso al edificio central; como de costumbre encendí las luces y subí al segundo piso dispuesto a iniciar una nueva jornada de trabajo en la oficina de Ciencias Sociales casi al final del pasillo.

Ya en el segundo piso y antes de pasar la escala que viene del hall central, divisé la figura de una mujer alta, suspendida unos treinta centímetros del suelo, esta figura me impactó: era una mujer cuya imagen era transparente, con un vestido vaporoso y el cabello largo. Ella venía del pasillo contiguo a mi oficina, justamente donde hoy están las oficinas de las asignaturas de Ciencias. Ante tal aparición, pausé mi caminar y me quedé observando. La mujer salió del pasillo y se esfumó en el espacio que ocupan actualmente las oficinas de religión. Quedé asustado y he compartido este relato con colegas, sigo llegando muy temprano, pero no he visto nuevamente a esa mujer.



La espera

Durante la década de los años ´90 y en el pasillo de acceso a la oficina de Castellano había un antiguo sillón paralelo a la baranda de madera tallada. Yo ocupaba una oficina más bien pequeña justo en medio de las dependencias de Música y Ciencias Sociales. Un día, alrededor de las nueve de la mañana salí con algunos documentos hacia la oficina de Administración que hasta hoy se ubica al otro lado del parque; cuando crucé el pasillo que encamina hacia Castellano noté que en el sillón descansaba un hombre mayor de unos setenta años que vestía un abrigo oscuro y un sombrero. Imaginé que se trataba de algún apoderado que había sido citado y que esperaba ser atendido por un profesor o profesora de la asignatura. En esa época era frecuente que las familias accedieran a las oficinas de los docentes para entrevistas. Bajé la escalera que conduce a la salida al parque y prácticamente pasé casi toda la mañana en el otro lugar.

Hacia la una de la tarde regresé a mi oficina. Lógicamente hice, esta vez de regreso, la misma ruta que había transitado temprano. Cuando subí las escaleras volví a ver aquel hombre sentado en el sillón en lo que parecía la misma imagen de espera de esa mañana. ¿Cómo era posible que ese señor estuviese allí toda la mañana? No tuve certeza sobre si fue una visita real y concreta para alguien. Pero el hecho es que años más tarde escuché a otros funcionarios haber visto en otros lugares de la Casona a un señor mayor, con abrigo y sombrero, sentado, esperando.

Presencia juguetona

Entre las variadas tareas como trabajadora social en el Liceo está la organización cada año de la acampada de verano con estudiantes de educación básica en el refugio de la playa El Tabo. Cada planificación implica una torre de trámites, compras y la gestión de personas y recursos materiales para concretar satisfactoriamente la estadía vacacional de una semana con al menos 50 niños. Cada enero, previo al viaje escolar, se repetían los mismos hechos en la pequeña oficina que ocupaba en el segundo piso de la Casona, entre las oficinas de Música y Ciencias Sociales. Uno de esos hechos era un aire suave y fresco que recorría repentinamente la oficina, cosa extraña en medio del verano y en una dependencia con una ventana pequeña. Incluso, en medio de ese soplo oía una voz que susurraba mi nombre. Al principio me extrañaron esas cosas, pero cuando ya venía cada enero suponía que se repetirían y así era. Decidí hablarle a esa presencia en tono relajado y con ánimo de compartir el espacio, pues supuse que esa voz pertenecía a cierta presencia espiritual de un profesor de historia del liceo fallecido en un trágico accidente de auto algunos años atrás.

Tengo vivo el recuerdo de una tarde en que, junto a Laura, una auxiliar muy colaboradora con mis tareas de la acampada y fiesta de Navidad para los funcionarios, buscamos las etiquetas de los regalos para los niños. Yo estaba segura que el set de las etiquetas estaba bajo un alto de papeles en mi escritorio. Buscamos puntillosamente cada rincón de la oficina y de mi escritorio, levantamos cosas, revisamos el piso por si había caído, repetimos búsquedas y nada. Laura se fue luego de que ambas renunciáramos a la búsqueda y yo me hice a la idea de hacer todo de nuevo. Sola en la oficina y sentada frente a mis cosas, descubrí con asombro de repente el set



de etiquetas frente a mis ojos. No tuve explicación hasta ahora. Un año esos juegos fantasmales no regresaron. Y entonces tuve una teoría: la brisa fresca y repentina que recorría mi oficina y las desapariciones inauditas de los documentos fueron experiencias que solo tuve cada verano en que los hijos del profesor de historia integraban la acampada.

¡Deja de tocar!

En un turno de noche mientras trabajaba como portero en el Liceo hice el tradicional recorrido hacia la casona entrando por el acceso que da al parque. Una vez en el hall central se me ocurrió la idea de sentarme un momento frente al piano y ensayar algunas notas. Algo sabía o algo me interesaba saber respecto del piano y, de pronto, mientras tocaba sentí unos suaves golpes en la mampara de vidrio atrás y a mi izquierda.

Al principio no hice mucho caso y seguí tocando, pero los golpes poco a poco se hicieron más fuertes como si alguna persona expresara la molestia ante al ruido que yo estaba haciendo o bien quisiera asustarme. En realidad, yo no me asusté, pero detuve la presión de las teclas y caminé hacia la puerta de vidrio para saber quién estaba detrás. Aquella tranquilidad y curiosidad se fundaba en que supuse que se trataría de uno de mis colegas porteros jugándome una broma para asustarme, pues eran conocidas las historias sobre fantasmas o presencias no terrenales en la casona de Don Pedro Torres.

Mi sorpresa fue cuando miré detrás de la puerta y no había ninguna persona. Entonces supuse que ese compañero bromista ya había retrocedido rápidamente a la portería y fui hacia allá a consultarle si había estado bromeando. Fue tajante en decir que no se había movido para nada de la puerta principal y que no sabía de qué le estaba hablando. Ante la seguridad de su respuesta no tuve dudas de que era cierto. Volví entonces al banquillo frente al piano y seguí tocando. Casi al mismo tiempo que la ejecución de mi melodía, volvieron los golpes a la puerta de vidrio a mis espaldas como si enfática o decididamente una persona del más allá me estuviera diciendo que parara esta interrupción musical. Tal vez no le gustaba mi ensayo de piano, pensé. No quise seguir insistiendo: uno nunca sabe a qué punto puede llegar el enojo de un espíritu en pena. Volví a la portería hasta que llegó el amanecer.

Colaboraciones de relatos orales: Susana Araya, Eliecer Chávez, Oriana Cid, Cristián Ibáñez, Tania Larraín y Jorge Zubicueta. A ellos y a ellas, muchas gracias.